

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre 1'00
 Extranjero 1'50

La militarización de España

España es uno de los países europeos menos militarizados, si se compara con la fuerza que ha tomado el militarismo en otras naciones del viejo mundo.

El carácter del español contemporáneo es muy distinto del español de los tiempos de conquista, cuando todo el pueblo cifraba su bienestar en el botín de guerra que proporcionaban los hechos de armas, ya en América, ya en Oceanía, ya en la misma Europa.

La decadencia militar que se produjo en España en el siglo pasado, haciendo posible la pérdida de las colonias de América y Oceanía, fué la descomposición del espíritu militarista y la renunciación a nuevas conquistas bélicas.

Por eso los ejércitos de Filipinas y Cuba, a pesar de sus esfuerzos heroicos—permítasenos esta frase—, no fueron capaces de defender los últimos despojos del militarismo español, por faltarles el espíritu y la savia luchadora encarnada en el pueblo, pues desde el ministro al último ciudadano carecían de la voluntad necesaria para que el éxito de los ejércitos fuera un hecho. Desmoralización de los de arriba e indiferencia de los de abajo, todo contribuyó para la derrota de las armas españolas. A raíz de la guerra europea, hay quien trata de revivir el espíritu antimilitarista del pueblo español, como una solución de los problemas nacionales.

El movimiento que se nota actualmente en España hacia el militarismo, es el mismo que se nota en todos los países del globo terráqueo. Las lecciones que del presente «pandemonium» se sacan, son de que todo pueblo que quiera existir como nación debe de armarse hasta los dientes para defenderse de toda agresión extranjera.

Así vemos en España que el mismo gobierno no ha titubeado en confesar que la nación se halla en estado de reorganización militar, al objeto, según él, de proteger su territorio en el futuro. Y lo mismo hace el gobierno norteamericano y otros gobiernos de otros países.

El peligro de esta militarización no sería tan grave para la causa de la emancipación humana, si no se mezclara la mecánica con el espíritu, pues como ha dicho recientemente un escritor español, «la militarización ha de ser espiritual, como campo de cultura y laboratorio de cohesión política y social del pueblo».

Se quiere establecer de hecho una dictadura de hierro que discipline, que una, que ahogue todo espíritu de independencia individual, ya sea en lo político, en lo social o en lo moral. Se quiere hacer un pueblo dócil, que se entregue en cuerpo y alma a los caprichos del Estado. Y para ello nada mejor que preparar este pueblo a temer los ataques del extranjero, para que claudique completamente de sus ideas individuales, convirtiéndose en unidad mecánica, dispuesta siempre a moverse, a accionar, a servir los ideales de la patria.

Claro está que los que defienden esta militarización de España no ig-

noran que existen otros elementos opuestos a ella, y como dice el escritor mencionado, «siempre que se ha combatido al ejército se ha combatido también a la patria, y los antimilitaristas de todo el mundo no han reservado sus golpes al ejército: con el ejército han combatido la bandera y con la bandera la patria. Esto ha ocurrido en Rusia, en Francia y en España. Y en ninguna parte han sido elementos constructivos de algo los que han obrado así, sino los nihilistas, los anarquistas; los elementos disolventes de toda laya».

De manera, que este movimiento militarista espiritual va contra los «elementos disolventes», y contra él se necesita un ejército fuerte y disciplinado...

Y continúa el mismo escritor: «Es innegable, además, que el ejército, en su moderna organización, por las exigencias mismas de su armamento y de su táctica y por su formación en grandes masas, constituye un gran elemento de cultura para la nación entera, y sobre todo para los pueblos que como España carecen de espíritu de disciplina y de cohesión».

No cabe la menor duda que los políticos reaccionarios y los intelectuales dogmáticos están preparando en España una red para atraer a los elementos avanzados de la política, del arte, de la ciencia, bajo el pretexto de proteger los intereses de la patria, pero más bien para castrar la poca virilidad que le queda al pueblo español, transformándolo en un pueblo militarista, con el afán de despojar a otros pueblos y descosos de apagar el espíritu revolucionario que lucha para destruir la sociedad actual y reemplazarla por otra libre e igualitaria.

¿Caerán también en la red los desheredados, los hambrientos, los eternos víctimas de la patria y del capital?

¿Se prestarán a dar fuerza a la cohesión político-burguesa, sometiendo a una militarización que los atará de pies y manos ante la insaciable ambición de los capitalistas?

En verdad que sería desastroso para los intereses del proletariado español si triunfara este movimiento de castración individual, porque no tan sólo ocasionaría en el futuro una gran pérdida de vidas humanas, sino que destruiría todo espíritu de rebeldía proletaria, al entregarse los obreros a la tiranía voluntaria del Estado.

Porque hay que fijarse en que los que proponen la militarización de la nación no sólo quieren soldados, sino individuos que se conviertan en ciudadanos ciegos del Estado, dispuestos siempre a obedecer y a sacrificarse por su grandeza.

Se quiere hacer conciencia patriótica y cultura militarista. Se quiere acabar con los sin patria y con los antimilitaristas.

Fijense bien los anarquistas españoles en lo que acabamos de señalar, pues a nuestro entender se trata de una cuestión importantísima para el movimiento de nuestros ideales, ya que aparte del peligro para una futura guerra, reviste los caracteres de una avalancha reaccionaria que tiende a suprimir toda propaganda

social y económica, oponiéndose abiertamente a toda manifestación individual o colectiva dirigida contra el capital y el Estado.

Contra el espíritu militarista de la España actual hay que oponer el espíritu revolucionario en todas sus formas, si se quiere salvar el movimiento emancipador del proletariado de esta época.

JAIME VIDAL

San Francisco, California, octubre 1915.

¿Oís...? Trueno el cañón

Napoleón hizo que murieran 3.700.000 hombres. (N. Novicow.)

Aun el monstruo prosigue insaciable su obra de destrucción y muerte; aún continúan funcionando las armas homicidas sin que el sentido, el instinto de conservación impidan la prolongación de tan horrendo crimen; es más, el crimen se extiende y parece, a juzgar por los últimos acontecimientos, que no va a quedar muñeco humano con cabeza.

Por tierra, por el mar, por el aire, los hombres de la Europa civilizada se aniquilan y destruyen, dejando a su paso una estela de sangre, de ruinas y de cadáveres.

No hay palabras para condenar esa terrible matanza; esa hecatombe guerrera.

Los hombres, se lanzan a la pelea alucinados por la revancha, unos; por el amor e independencia patria, otros.

Es el espíritu napoleónico, es Napoleón, que desde su tumba, con voz macabra, arenga a sus soldados estimulándolos al exterminio de sus semejantes. Bismark, también desde el fondo de su tumba, habla patrióticamente a sus compatriotas y los estimula a la pelea contra los nacidos más allá de las visionarias fronteras.

Para unos y otros combatientes agitanse en el ambiente, infiltrado de miasmas pútridos y sanguinolentos y con aspecto macabro, la silueta de dos nombres que, en su tiempo, ostentaron dos seres cuya misión en el mundo fué la de matar y destruir: Napoleón y Bismark.

..

¿Oís? Trueno el cañón. Son las voces de aquellos que desde el interior de la tierra hablan a sus respectivos soldados. ¿Oís... proletarios que estáis fuera del alcance del efecto del eco sepulcral? ¿Oís, proletarios españoles, los estampidos de la metralla?

Son los ecos de la materia que formaba parte en los cuerpos de aquellos dos canibales, que obedeciendo a la ley de transformación, producen esos estampidos dejando el campo, poco antes sembrado de flores, sembrado de cadáveres de hermanos nuestros.

La conflagración militarista se prolonga y extiende; ya los mahometanos europeos se aprestan a la lucha contra los beligerantes aliados. La bárbara Alemania ha logrado levantarlos contra la no menos bárbara conjunción de la triple entente; y no sólo a los de Europa, si que también a los del África, esa África que, según muchos «civilizados», empuja desde los Pirineos.

..

De la prensa burguesa entresacamos las siguientes notas: «Que España será arrastrada a la guerra, está visto por todos cuantos saben deletrear la baraja de la Lógica. Por mucho que sea el optimismo con el cual intentemos vendarnos los ojos para no ver la realidad inminente, la desdichada España va a verse muy pronto cogida en el cepo de la guerra por este lado de Marruecos, y será lanzada a las filas de los aliados.»

¿Oís, productores de la riqueza social de todos los países en «paz», las manifestaciones de la prensa burguesa y de la lógica militarista y guerrera? ¿Lo oís, proletarios españoles?

De prolongarse la matanza será muy fá-

cil que se intente la movilización de los hijos del pueblo para ponerlos al lado de... no importa qué beligerantes; para ponerlos delante de los proyectiles y bombas militaristas. Y ¿será posible que el pueblo hispano no haga tan sólo un gesto desaprobatario? Entendemos que el pueblo trabajador, este pueblo que lleva aún el luto y llora interiormente la pérdida de sus hijos, víctimas de otras matanzas militaristas no lejanas, se opondrá noblemente a que se extienda la acción de los matarifes del ganado humano.

«Napoleón hizo matar 3.700.000 hombres.»

¿Cuántos serán ya los muertos y hasta cuántos llegarán si la conflagración se extiende hasta España? ¡Imposible saberlo!

Lo único que sabemos es que todos son seres humanos, hermanos nuestros, en su mayoría proletarios y que si se extiende seremos nosotros, unos por grado y otros por fuerza, los que aumentaremos el ya incontable número de víctimas.

¡Alerta, proletarios españoles! ¡Alerta anarquistas y sindicalistas! ¡Alerta juventud ácrata! El peligro es ya inminente según afirma la Lógica guerrera, por boca de la prensa mercenaria.

Luchemos gritando ¡abajo la guerra! y quien sabe si este será el grito, o chispa incendiaria que acabe con la locura de los cuerdos.

ILE GALES

Chiclana

De la vida que pasa

Recorriendo la triste senda, oscuros, ignorados, los esclavos modernos van sumisos, humildes, afeminados, sin un gesto que delate el dolor de su vida, sin una mirada al frente, al horizonte; van cabizbajos, mirando al suelo, sin atreverse a levantar la cabeza, cual si un peso enorme, inexorable se lo impidiese.

Temen la altivez; huyen de la luz. Seres nacidos en la miseria, rodeados de todas las desgracias, en la obscuridad de su vivir doloroso, sólo hallan factible, hacedero, lo que hicieran sus antecesores. No rompen estos moldes, no hacen nada suyo, original, porque sería un acto de rebeldía, una rebelión sin precedentes, contra lo pasado, lleno de gloriosas enseñanzas sobre el deber, el honor, la obediencia y la moral.

Y a estos hombres, esclavos de la gleba, esclavos de todos los tiempos, se les llama los hombres buenos... Y en verdad, si pueden, son bondadosos, caritativos... si por el contrario, obedientes, mendigan un mendrugo o un favor, arrastrándose, rebajándose, en dejadez vergonzosa de la dignidad humana, perdida toda noción de hombría, rastrera, baja, groseramente. ¡Se les llama los hombres buenos!

Poniéndonos nosotros a la altura de estas circunstancias, debemos procurar que se nos llame los hombres malos. ¿Seremos capaces de afrontar este pequeño peligro, amigos míos?

Reirnos de la palabra vulgar al tacharnos de malos; saber desde el punto de vista actual merecer este mote, ¿no os produciría un placer desconocido? Yo siento este placer, me baño con deleite sedante en la corriente de gozo que me invade, cuando oigo a mi lado las quejas humildes, sin amenaza, casi a flor de labios, de los hombres buenos. Mis nervios experimentan una sacudida renovadora, viril, cuando alguna voz lejana y apenas perceptible, grita nuestra maldad. ¿Sabéis? Ese grito de protesta, anuncia al futuro algo muy grande, muy extraño, muy bello. Algo superior a lo imaginado por nosotros, los malos...

Seamos, en realidad, malos para los esclavos de hoy. Desterremos de nuestro organismo sensible la compasión, la bondad, todas las cualidades que puedan consolar al que sufre voluntariamente. Son hombres que no merecen nuestra compasión. En todo caso, nuestro desprecio.

Pensar en el daño que a ellos mismos producimos compadeciéndoles, y en lo mucho que haremos por su bien mostrándonos despreciativos ante su esclavitud, que pudiera decirse por ellos deseada.

¿Lo comprendéis así? Tanto mejor. Esto es un signo de cultura.

El hombre que advierte que es compadecido, se abandona a la compasión de los demás y no sufre, no piensa, no se levanta alivio a reclamar lo que en derecho le pertenece.

Por el contrario, el hombre que ve se le desprecia por su miseria moral, un tanto ficticia, un tanto real, piensa en su situación, comprende que no es justo que él no coma, cuando otros derrochan los más sabrosos manjares; descubre las causas de su malestar, lucha porque desaparezcan, se rebela, enérgico, bello y fiero: se hace hombre, en fin.

¿Veis el resultado de nuestro desprecio, cuan grande es?

Precisa, por lo tanto, que lo practiquemos. Haremos algo digno del porvenir, algo fuera de lo actual, que rinda culto a la mediocridad, a la ramplonería que halaga las bajas pasiones de las multitudes con fines nada elevados, grotescos, utilitarios...

Una sociedad que necesita de la piedad, de la compasión, para mantenerse firme, es una sociedad imperfecta.

Y nosotros, debemos, para dirigirnos hacia la perfección, arrancar de nuestro pecho y de nuestro corazón estas creaciones, necesarias hoy, funestas sin embargo para los que vamos hacia el mañana.

Mientras haya quien compadezca, los compadecidos no se levantarán violentos a participar del patrimonio universal. Lo dejarán tranquilo en manos de los poseedores, y nuestras luchas, nuestras voces se perderán en el vacío, serán infructuosas, nada habremos hecho que merezca de un elogio, que sea digno, que sea grande, que sea supremo.

Precisa, pues, que con la austeridad de la grandeza, crucemos por sobre la miseria del ambiente, con la frente alta, sin que logre atraer nuestra mirada el grito que pretenderá ser potente y será mudo, al arrojar sobre nosotros el estigma, la frase hiriente, y a las veces cruel, ¡sois malos! ¡Vuestra maldad nos anota!

Pasará el tiempo, se descubrirá la bondad latente en nuestro pecho generoso y hermano de los sufrimientos de todos los tiempos, que hubiera querido consolar, y maltrataba, puesta la vista y el sentimiento en el bien futuro, bien eterno y para todos, no en el bien del momento, rápido y pasajero, como cosa exótica, como algo que no era propicio en aquel ambiente de verdadera maldad, no la maldad simulada a que fuimos obligados para realizar la magna obra de liberación.

Seamos, pues, malos para las nulidades, para todos los que, incapaces de pensar con su cerebro, se abandonan en brazos de habladores inaprensivos que con cierta retórica y un mucho de ampulosidad en las palabras, mantienen en las muchedumbres falsas concepciones, erróneas ideas, teorías trasnochadas.

Tengamos un gesto irónico para estos parlanchines, y pasemos por sobre los seres abúlicos que les siguen, como pasaríamos por un campo seco y estéril, en el que ninguna semilla germina, negada que le fué por la Naturaleza la savia fecundadora. Derramemos «nuestra maldad» con orgullo, ante estos «hombres», es decir nuestro desprecio.

¡Porque somos buenos, tenemos, en el momento presente, que parecer malos!

Mañana, seremos los triunfadores. ¡Oh, alegría del mañana!

Riamos entretanto; bañémonos en las cristalinas aguas del ideal. Se acerca la aurora del futuro. El sol lucirá para todos. Habrá un banquete de amor en pleno campo y se fecundará la generación potente del porvenir.

Se levantarán los cimientos de la libertad, mientras la vida pasa...

DINNYSIOS